PEGASO

Montevideo, Agosto de 1923. — N.° 62 — AÑO VII

Grabado en madera de Federico Lanau

SOCA

Aquel día, un resplandor glorioso iluminó nuestra Facultad. En esta misma sala, vestida de fiesta, el ilustre profesor recibía el más alto de los títulos honoríficos que nuestros estatutos universitarios acuerdan. Desde la Francia inmortal había venido la palma, conquistada por su sóberbio empuje, y la Facultad expresaba públicamente su satisfacción y su júbilo. Todos comprendieron la trascendencia de ese acto, y más de uno de los de está casa, al recordarlo, experimentó el deseo de sobrepujarse y hacerse mejor

Fué luego,—no mucho después,—cuando el doloroso acontecimiento se produjo... Sus energías físicas desfallecieron de pronto, — sin sorpresa para él, habituado a ser testigo de trances análogos, pero con cierta amarga desilusión de su espíritu, lleno aún de ardientes inquietudes y de vigorosas audacias. Señaló su propio mal como si hubiese sido el de un extraño, y al rendirse definitivamente sus labios, en un último aliento, murmuraron, no una protesta, no una queja, sino una explicación sabia y prolija de su estado de dolor.

Cumplida la inexorable ley, al paso de sus despojos, la Nación entera le tributó el homenaje de su admiración. El sordo redoblar de los tambores, como trayendo acentos de una oración lejana, decía de la tristeza de la irremediable despedida, pero el clarín.

con sus notas penetrantes, anunciaba, en un himno semejante al del amanecer, su entrada triunfal en el seno de la inmortalidad.

Porque, en efecto, algo de él,—inmaterial, pero de subyugante imperio,—sobrevive entre nosotros, para hacernos hablar en términos de reconocimiento y de justicia; términos que en este instante ya no se resienten de ninguna de las prevenciones que el rudo batallar diario suele introducir en nuestro juicio.

Sin duda, los que rondamos por estos mismos claustros en que él fué señor, merecemos más de un reproche. Absorbidos por el vivir presente, no acertamos a valorar las riquezas de nuestra propia historia; y de ello no tendríamos excusa si no alegáramos que nuestras tareas son de aquellas que no dejan paz y que atormentan sin compasión y sin tregua nuestra responsabilidad. Escasean todavía entre nosotros quienes, no obligados a tomar parte en las luchas, siempre penosas, de la arena, puedan observar, tranquila e imparcialmente desde lo alto, las cosas y los acontecimientos que nos rodean.

Felizmente, en este caso los ecos no han callado, y sus voces siguen resonando, empeñadas en que no se abandone a una generación futura el cometido que corresponde indudablemente realizar a la actual, — y no bastará que, como otras veces, nos limitemos a pronunciar un nombre al pasar; será preciso que concedamos forma perdurable al recuerdo, sirviéndonos del símbolo que explica y de la sentencia que afirma y enseña El cumplimiento de este deber se impone, ante todo, a las instituciones oficiales; las que, — *forzóso es confesarlo* — a pesar de su misión educadora, han sido siempre demasiado tardas en saldar su deuda con los hombres que han dado lustre a la ciencia o al arte nacional

Soca no será olvidado, y desde el pedestal en que

se le coloque extenderá su índice, urgiéndonos para que reparemos las pasadas omisiones. Al evocar, así, él mismo, la memoria de sus insignes predecesores, su figura, también insigne, adquirirá mayores proporciones aún.

Lo que para la Facultad de Medicina ha representado el mérito principal de Soca ha sido la dignidad que dió a la función del profesorado, haciendo refluir sobre su cátedra prestigios jamás superados Si grande era el respeto con que se le escuchaba cuando, — algo vacilante el paso, erguida la cabeza y combado el talle, — avanzaba hacia el estrado, mayor era todavía cuando, entre aplausos, terminaba su lección. Es que cautivaba a sus oyentes; y cautivábalos, no sólo por lo mucho que sabía, y por la gallardía y la elegancia con que, en alas de las palabras, iba poco a poco dejando desplegar su pensamiento, no sólo por la eficacia con que reducía a términos claros y sencillos los problemas más arduos y confusos, sino también, y tal vez más, por disponer de ese don inexplicado que, descendiendo del Misterio, consagra a los predestinados

Debajo de sus sienes pálidas latía sin descanso un mundo de ideas, las cuales, como las chispas de una fragua, brotaban rápidas y luminosas del hogar magnífico en que ardía la sustancia de sus estudios, de su experiencia y de su intuición. Su personalidad vivía de ese mundo, y nada más que para ese mundo, fuera del que sólo había, para él, movimiento e imágenes en la penumbra He ahí por qué su mirar, aunque profundo, vagaba frecuentemente en el espacio, cual si fuera a perderse en el vacío, por qué solía equivocarse en el uso de las prendas que no eran las de su oficio y por qué no acertaba fácilmente con las justas reverencias o los saludos que impone el protocolo. Es la historia de todos los famosos distraídos, desde Arquímedes, que no advierte la maza que ha de herirlo, hasta el simpático Paganel que, con sus inacabables trastrueques, llena de regocijo las páginas de la "Vuelta al Mundo".

La Medicina científica, que se precia de atenerse únicamente a las fórmulas exactas, decora con el nombre severo de "apraxia" lo que, en el parolar tierra a tierra, se llama "distracción", y la explica por un complicado desarreglo de ciertas y determinadas asociaciones mentales. Pero no ya, naturalmente, en este caso, de las asociaciones superiores que crean el pensamiento noble y fuerte, sino de aquellas que sirven, y a las mil maravillas, a la ociosidad amena o a la frivolidad enguantada. Y claro está: mal andan estos partiquines cuando el apunte tiene cosas más serias que atender.

Entre los pocos maestros con que entonces la Facultad contaba, Soca ocupó de inmediato su sitio prominente. Fueron los anfiteatros de la calle Maciel los que oyeron sus primeras disertaciones. Su voz, aunque siempre un tanto velada, poseía matices y modulaciones y fugas y toques de atención de una riqueza incomparable. De tiempo en tiempo una nota de entusiasmo ponía intensas sonoridades en su cuerda grave, y así marchaba su plática hasta que, en un arranque final, su soplo se magnificaba, pero para apagarse bien pronto y convertirse en un sordo y a veces apenas inteligible murmullo Era como la cascada que, después de perder su impetuosidad en el rebote, ya no deja advertir sino su leve cuchicheo con los guijarros que en el fondo del cauce se mecen y espejan gracias al desliz de la corriente Pero nada importaba eso, porque con tal limpidez desarrollábase el preámbulo, que las conclusiones, antes de enunciadas, se adivinaban, dejando creer al que las escuchaba, que él mismo las había encontrado sin esfuerzo.

Ciertamente, alguna vez fué duro e implacable con los que no lograban salir de los modestos rangos. Ciertamente, alguna vez fustigó con excesiva severidad la ignorancia o el error ajenos. Por esos motivos, ocasiones hubo en que se le temió más que se le admiró. Pero más tarde supo hacerse tolerante, y nadie entonces se sintió dolorido por su triunfo demasiado sólido y legítimo, por lo demás, para ser discutido desde otros aspectos.

Esta faz, que podría, de pronto, parecer poco simpática de su personalidad, tuvo, sin embargo, su lógica y no dejó de ejercer alguna influencia benéfica sobre el proceso de nuestra enseñanza profesional. Ha de considerarse que hace 30 años nuestra Facultad de Medicina se hallaba apenas en su período de ensayos, y que, no obstante el vigor que, por obra de sus abnegados fundadores, ya palpitaba en sus entrañas, todo era allí, en ese entonces, improvisación. Escaseaba el personal idóneo, y eran deficientísimos o nulos los laboratorios. El arte de curar tenía yá sus prácticos de mérito, pero la ciencia casi no conocía gente que le fuese devota, pues eran muy pocos los que, olvidándose del pan y del agua, a guisa de misántropos metíanse en oscuros rincones, para escudriñar detrás de espesas gafas, la médula de las cosas. En esas condiciones, no era fácil llevar a la incipiente Escuela profesores de apropiada y madura preparación. ¡Qué de extraño entonces que la prosa de la mayoría de las clases se redujese a un simple recitado, sin colorido personal que lo anima se, de nociones elementales y no siempre bien hilvanadas, recogidas en cualquier parte,—y qué de extraño que en los pobres y limitados experimentos que se intentaban, reventasen profusamente los matraces o se invirtieran, provocando el alegre escándalo de un auditorio socarrón, los tintes de las reacciones?

La historia natural se enseñaba por medio de unas cartillas sinópticas, destinadas a ser repetidas de memoria, sin tomarles el sentido; la física consistía en extraer chispas de una torta de resina azotada con el cuero de un felino y la química en hacer girar, con fuego en los flancos, una bolilla de potasio dentro de una cuba a medio llenar de agua.

La anatomía, por su parte, no iba más allá de una excursión, practicada por un índice inseguro, por entre los surcos y prominencias de un cráneo que, día a día, — fuese por arte de un singular encantamiento o fuese por intervención de manos subrepticias, — se presentaba cada vez más desmantelado, hoy sin dientes, mañana sin pómulos y luego, al fin, reducido a dos cuencas heladas y sombrías. Era aquella la edad de oro para el alumno indisciplinado y travieso, dado a comentar con pitadas o con triquitraquēs de castañuelas las incidencias de la lección. Era en cambio la edad infernal para los desventurados institutores, que no podían volverse hacia el pizarrón sin que a espaldas de ellos no se desatase un huracán de abucheos o improperios o no partiese una metralla compuesta de los más heterogéneos proyectiles.

Entretanto se preparaba la evolución. Docto y experto, Visca apareció, ungido con los prestigios de una ciencia de buena ley, adquirida en fuentes de primera calidad. Acatado por todos, bien pronto se le consagró como un patriarca, y no supo de aguijones ni de espinas. Además, amable por temperamento, fué, sin jamás desmentirse, dulce y paterno. Mereció su gloria y se extinguió como un justo. Su hora lo encontró firme y erguido; tuvo la buena fortuna de que el rayo lo hiriese, certero, en la frente, evitándole la tristeza del desmenuzamiento paulatino de su bella inteligencia. Vino luego Carafí, que, con férrea voluntad, impuso orden y trabajo, y vinieron

todavía otros, todos ya con garras de maestros, y todos a tiempo aún de tomar posesión del terreno sin batallas ni disputas.

Pero distinto era el ambiente cuando Soca, fresco discípulo de Charcot y de Potain, devorado por el fuego de nobilísimas ambiciones y consciente de su valer, ascendió a la cátedra. La Facultad, en efecto, había ya fructificado, y muchos eran los que entonces se consideraban con derecho a sus favores.

Se iniciaba la lucha, y, punzado Soca, arrogante y decidido la lucha lo encontró. Nadie dudaba de su saber, que su tesis de doctorado, sellando un modo brillante y preciso uno de los capítulos fundamentales de la Neuropatología, acababa de poner en evidencia, pero se deseaba cordialmente (es una conjetura) su fracaso. Deseo humano, al fin, porque no hay quien no guste de lo cómico, y quien no ría del espectáculo de la montaña anunciando sus entuertos al son de mil trompetas para luego dar a luz a un minúsculo y espantado ratoncillo.

Puesto en ese trance, Soca no admitió concesiones. De frente a la tormenta, replicó quizá con aspereza. Pero a nadie debe sorprender que llamado el yunque a cantar, bajo el golpe del martillo, el yunque, sintiéndose fuerte, resueltamente cantase!

Por lo demás, la Facultad nada perdía con salir del período de las dulzuras pastorales. Ese alguien que traía la agitación, trae también preciosas emulaciones. Si él, después de estigmatizar a los nuevos traficantes del diploma, que sólo obedecían a la voz de la codicia, menospreciaba también a los que, por pobreza de alcance, se limitaban, en su práctica, a deletrear un manual míseramente aprendido una vez, pero nunca luego revisado, era porque la profesión médica consistía en algo más que en un oficio vulgar y rutinario. Para los mercaderes cuya mácula es infamante, el látigo; para los otros de pecado redimible, el Jordán purificador. La medicina debía ser constantemente aplicada con espíritu científico, esto es, con espíritu que supiera, no sólo apreciar en su justo valor la experiencia ajena, sino también que supiera convertir la propia en una fuente inagotable de perfecciones. Puesto que, en el dominio de la enfermedad, nada es nunca exactamente igual a sí mismo, no se concibe el buen diagnóstico sin un trabajo en forma perenne, renovado.

Si nuestra asistencia ha de ser un sacerdocio, no bastará que lo sea bonachonamente: el sacerdocio es falaz cuando a las santas intenciones no se agrega la inquietud fecundante del que busca en las cosas el juego que las explique. Es esa la única manera de llevar al que sufre, además del consuelo moral, siempre necesario, todo el bien de que la ciencia hipocrática es capaz; la única manera de hacer decir al caso actual lo que tal vez sea útil al caso futuro. Sin dejar de ser humano, — que todo es conciliable, — el médico, ante el doliente que se le somete, ha de sentir las ansiedades del investigador, para quien es emoción suprema la que procura el descubrimiento de una nueva verdad. Pueden muy bien mostrarse los brazos en cruz, en un gesto de amparo y de piedad, al mismo tiempo que la mente se promete el regalo de un conflicto de premisas y deducciones. No importa que calle el corazón del sabio en los momentos en que su cerebro escucha; ya volverá aquél a latir, y con ritmo acelerado, cuando el segundo haya oído la señal que espera. El profesorado, por su parte, tiene mayores exigencias. Quiérase o no, la función de la cátedra va siempre más allá de la pura enseñanza técnica. Y si es lamentable que por ignorancia se expongan falsamente los hechos, mucho más lo es que día a día se inculquen defectuosas maneras de adquirir el conocimiento de esos hechos o de razonar sobre ellos. Para merecer el nombre de maestro, se necesi-

ta, en verdad, ser dueño de la chispa que vaya a encender, en los discípulos, el entusiasmo por la investigación: no hablo, naturalmente, de la investigación creadora, y que a ningún arcano teme, reservada a los genios, sino de la que, a todos accesible, consiste en hacer siempre pasar por el filtro de la crítica personal las nociones que se presentan como definitivamente demostradas. El progreso de la medicina, como el de las demás ciencias de observación, es, en su mayor parte, el resultado de esta crítica ejercida en todos los instantes y desde todos los sitios del espacio por los que a sus menesteres se dedican... En las tierras empinadas, son las pequeñas linfas que van brotando de sus heridas, las que de sendero en sendero se buscan y se reunen para formar los grandes e impetuosos torrentes.

Es, por lo tanto, difícil la tarea y es enorme la responsabilidad de enseñar. Es llevar todo el peso de un mundo sobre los hombros, como Atlas, el hijo de Júpiter. Piénsese, en efecto, que se entregan al maestro las más diversas inteligencias, y que si entre ellas habrá las que, tocadas por la gracia divina, escapan a cualquier traba y ganan las cimas sin un zigzag, también habrá, y en mayor número, las que, no poseyentes de ese privilegio, corren el riesgo de anularse o deformarse sin remedio cuando los primeros balbuceos han llegado a ser mal dirigidos. Y porque son muchos los que, por esta causa, llegan a creer que todo lo que se afirma desde el entarimado escolar es verdadero y que nada hay de lo que está escrito, que se deba rectificar, es que así va el montón de los ineptos, de los perezosos y de los atolondrados entorpeciendo con su peso muerto la marcha de la columna que avanza en busca del bienestar de la humanidad.

Es el concepto superior del maestro — del maestro cuya frente debiera siempre aparecer encintada con las más puras de las aureolas — es ese concepto el que Soca tuvo particular cuidado en mantener. Se lo permitía su vigorosa mentalidad y le servía de acicate su pasión, exaltada hasta el frenesí, por la enseñanza. Abrir y abrir pupilas a la luz era su divisa. Y si alguna vez se le presentó algún rehacio, hubo de sentir, sin duda, la misma cólera que se apoderó de Apolo al contemplar al rey Midas negando torpemente la belleza.

Con sincero énfasis lo dijo él mismo y en este mismo sitio: Nada le producía satisfacción igual a la que experimentaba ilustrando a la juventud; ninguna dignidad, ni aun la tan codiciada que acaba de conferirle la Academia de Medicina de París, parecíale mayor que la que se contenía en su título de profesor honorario de esta Facultad. Si cada noche de todas las noches del año, permanecía en vela hasta la hora en que, una a una, comienzan a apagarse las estrellas, era para estudiar; si estudiaba era para poder pulsar mejor el sufrimiento de los enfermos y para revestir de más sólida autoridad su palabra de maestro. Se explica, pues, la extraordinaria reputación que adquiriera entre sus discípulos, quienes lo vieron durante largos años en su clínica, siempre discurriendo con sagaz sabiduría sobre los más diversos problemas de la medicina. Ni la fatiga de ciertos días, — de aquellos en que el médico ha probado la honda amargura de la derrota, unida, asaz a menudo, a la del injusto reproche, — ni la fatiga de ciertos días, llegaba a disminuir en él la certeza de su mirada, descubriendo en un instante el por qué de un gesto de dolor, ni la pericia de sus oídos, a los que eran familiares las más tenues y disimuladas desviaciones del tic tac del corazón, o la de sus manos, para las que no reservaba secreto alguno el te-

ma de las formas corporales. A los que se asistían a sus lecciones pudo haberles dicho: "imitadme", — si la imitación hubiese sido cosa fácil sinm las cualidades de excepción que él poseía, — pero si tal no les dijo, les dió a entender que sólo enaltecen a la profesión médica los que van hacia ella con el propósito decidido de enaltecerse a sí mismos mediante una persistente atención al rodar continuo de la Ciencia. Y los que así lo entendieron, los verdaderos discípulos de Soca, no son pocos. Muchos de ellí los, que aquí me escuchan, han merecido la confianza de la Facultad, desde cuyos cargos docentes, rinden, con su actividad brillante, el mejor de los homenajes a la memoria del maestro. Pero, el que, entre todos, conquistó sus predilecciones ya no está: abatidoo mortalmente en pleno vuelo reclama ahora la columnna tronchada que expresa el triste y súbito marchitarse de la bella esperanza que él fué. Tuvo Dighhiero la rara virtud de no lastimar con su saber y de mostrarse siempre respetuoso de la experiencia ajjena. Porque era fuerte, no temió pasar por débil, a la inversa de aquellos que se imaginan disimular su nnulidad valiéndose, como el asno de la fábula, de exteriorridades vanas y pretensiosas. Sean también para ese profesor de mérito las ofrendas sentidas de la Facultad

Justo es reconocer que el maestro que tan espléndidamente sembró, tuvo su premio. Su ejemplo no quedó perdido y llegó al final de su carrrera colmado de aplausos y alabanzas Y fué un espectáculo reconfortante, y digno del más culto y refinadoo de los pueblos, el que dió el Ejército de la Nación al realizarse sus exequias: no ignoraba entonces la acalmeada tropa, — solemne en su silencio, — que asistía al ocaso, no de un Dios, temible por su poder, no de un guerrero, celebrado por sus hazañas en los campos de batalla, sino, tan sólo, de un hombre de ciencia, de

sencillez austera, sin cetros centelleantes en las manos ni paramentos de oro cruzados sobre el pecho.

Lo que corresponde ahora es persistir, es mantener siempre vivo el calor del homenaje, en el que ayer nos acompañaron la América toda y la Francia civilizadora, la Francia maestra de nuestros ensueños. Hoy es el Brasil amigo, que se nos acerca otra vez con la piadosa siempreviva, y es a él que saludo invocando una representación, que honrándome sobremanera, me ha sido otorgada por esta Facultad, en virtud de mi carácter de profesor de la más antigua, actualmente, de las cátedras de clínica médica que en ella funcionan.

Quiso, pues, el Brasil, que de nuevo se ensalzase a Soca, y así, por mi parte, lo he hecho, pero tomando en consideración tan sólo los aspectos de su entidad moral que más interesaron a los que fueron sus colegas y a los que fueron sus alumnos. En estos últimos, sobre todo, he pensado, y suponiéndome en medio de una de nuestras salas de trabajo, hé dejado a mi conversación seguir su curso sin medirla. Aunque tarde ya, pido ahora que me excusen y perdonen los que, dentro de este público selecto, no pertenecen al cuerpo de los oficiantes de nuestro templo.

No ha de sorprendernos el gesto del país de Osvaldo Cruz No en vano allí, irradiando en un cielo nítido y profundo, todo es fulgor. No en vano allí no hay fe que desmaye ni entusiasmo que se pierda; ni hay allí nada que en realidad muera, porque lo que, en su aspecto de materia, se desintegra, revive luego, purificado en la poesía. Por eso su tradición es rica y de hablar continuo y elocuente, como son de hablar elocuente sus bosques, que jamás ponen fin a sus susurros y como lo son sus mares, que nunca dejan de mostrar al Sol el iris de sus espumas . Y ob-

servad sus rasgos; por todas partes veréis cómo asoman penachos altivos y seguros.

No hay cuidado que se ignore en el Brasil ninguna de sus glorias ni tampoco ninguna de las glorias extranjeras, a las cuales se admira, porque en todos los corazones late un amor ingénito hacia cuanto es bello y armonioso,— no importa de dónde surja, — y porque, por una avidez intelectual jamás saciada, se espían siempre, hasta donde alcanza el mirar, las lumbres que pueden aparecer en el horizonte.

Para nosotros el homenaje brasileño tiene el significado de una alta e indiscutible sanción. Representa, además, una valiosísima prenda de simpatía. que se agrega a las muchas otras, de igual procedencia, que nuestra Facultad ya ha recibido.. La montaña es difícil, pero en su ascenso, una voz, que se distingue entre todas por su cordial acento, de tiempo en tiempo nos alienta y nos llama. Esa voz vibra en el valle, vibra en los picos, es ya de aplauso, ya de coraje, y si el día es pleno, resuena como un himno, pero aparecía con los clamores de un alerta cuando la bruma envuelve y oscurece los senderos. Nuestra respuesta será hoy como otras veces afectuosa, e irá donde debe, recogiendo, al pasar, el perfume de las flores que nuestra gratitud habrá colocado en el camino.

La palabra generosa que, atravesando nuestras fronteras geográficas, ha dado motivo a esta ceremonia, es tanto más digna de destacarse cuanto que ha sido pronunciada en un momento en que el mundo parece enfermo de un extraño mal, que amenaza con romper en mil pedazos los vínculos morales que hasta hace poco mantenían su unidad. Diríase que el incendio que devora a la Europa quiere avanzar con sus lenguas de fuego hasta nuestra América. Algo, sin embargo, impedirá el desastre: la cordura de sus hombres de trabajo, quienes, — no obstante no de-

jar ninguno de ellos de sentir el orgullo de su raza, y de amar, con pasión intensa, el solar en que recibiera la primera luz, — no saben de más "imperialismo" que el de la ciencia ni saben de más "nacionalismo" que el de la tierra en que la civilización florece. Las únicas murallas de defensa, los únicos reductos de fuego que se hacen necesarios son los que tienen por objeto contener el asalto del pesimismo y del odio o los instintos destructores, sean cuales fuerén los disfraces con que estos malditos engendros de las Furias quieren presentarse.

Y así los hombres ilustres de una patria que no es la nuestra, no han vacilado un solo instante en reverenciar la memoria de Soca como si hubiese sido la muy apreciada de uno de los suyos. Es que para esos hombres, como para todos los que estudian en el libro de las angustias humanas, sólo un lenguaje es comprensible: el de la fraternidad y el amor, y sólo una fuerza es merecedora de respeto: la que se emplea en arrancar a la eterna Esfinge la Verdad.

Y la Facultad de Medicina de Montevideo quiere hablar ese lenguaje y quiere servirse de esa fuerza Ella, como todas las de su especie y en particular como sus hermanas de América, aspira a la conquista permanente de ese bien supremo que se llama Paz Es en nombre de esa diosa de son próvido y fecundo que, no ha mucho tiempo, en las campiñas francesas, el labrador hundía el arado en el agreste suelo, y sereno e indiferente se mostraba ante las armas mortíferas que una tras otra sin reposo, tronaban en los aires y esparcían la metralla a su alrededor... Y doquiera se trabaje, triunfa la paz. Obra de paz es la que realiza la medicina brasileña en este acto, porque obra de paz, y extensa y hermosa, fué también la que realizó el profesor nuestro que aquí recordamos.

El taller nos reclama, y a él hemos de volver, siguiendo el ejemplo y acatando la consigna de los obreros eximios que nos han precedido, de esos mismos obreros que al entregarse al postrer descanso tuvieron la conciencia clara y categórica del deber cumplido. Si ello se hace menester, redoblemos nuestros esfuerzos, y hagámoslo sin temores y sin pena, porque al fin el disiparse de energías es la razón y el encanto de la vida. ¡No importa luego que la meta anhelada sea el miraje que sin cesar se aleja! En su insana ambición, el hombre, al clavar sus pupilas en la bóveda profunda, inmensa, inacabable, en la que chisporrotea la vía láctea, piensa que su gloria debe ser y ha de ser también así.

Representa esto, sin duda, un absurdo ensueño, pero un ensueño que no ha sido del todo estéril, porque en su tesón por trocarlo en realidad, la sabiduría humana ha conseguido que los genios hostiles fueran alejándose en humillante derrota, de nuestro globo. Sólo falta que el hombre llegue a plasmar y animar la nada; pero cuando tal cosa suceda, ya no será él criatura sino Creador, ya no será hombre sino Dios. ¡Y desde ese milagroso instante, el mundo recomenzará!

AMÉRICO RICALDONI.

LA OBSESIÓN DE LA MUERTE

(De un «Diario» rítmico e íntimo).

(A José G. Antuña)

I

Pienso siempre en la Muerte, y no comprendo
la causa, que "a pesar del tiempo terco",
ésta mi juventud inextinguible
es un milagro lúbrico y fantástico!

Tengo el mismo cuerpo de los veinte años,
pero más erguido y más fuerte.

Tengo el mismo pelo de los veinte años,
pero más negro y más ardiente.

Tengo la misma piel de los veinte años,
pero de una palidez más viril.

Tengo la misma boca de los veinte años,
pero más sabia en el morder los frutos.

Mis ojos, solamente, ya están viejos...
Aparecen quemados y enrojecidos.
Están rojos de haber visto tantas cosas!
rojos de haber viajado tantas tierras!
quemados en el fuego de la Vida,
quemados en el polvo de las sendas.
Quemados en las fiebres del insomnio,
quemados en la luz de alguna estrella.

Son dos círculos rojos y pequeños...
Rojos de haberse mirado en tantos otros
—claros y oscuros ojos de mujeres,—
y de haber retenido tantas lágrimas,
y de esta angustia de esperar la Muerte!

II

Para el que ha amado mucho en esta Vida,
la Muerte es sólo el fin de un gran amor.

El Amor y la Muerte marchan juntos
por las rutas floridas y tortuosas.
El uno aroma y canta en los pensiles;
la otra acecha, escondida entre las sombras.

Amor y Muerte son el fin de todo...
El amor nos despierta y nos traiciona
y, atrás, viene la astuta Muerte...

Un día,
una carta de amor llegó a mi puerta...
Y yo pensé: "la Muerte me recuerda".

Luego, fueron dos cartas, y me dije:
"la Muerte ronda atrás de los perfumes".

Ayer fueron tres cartas... Yo pensaba:
"ya la Muerte se acerca".

Hoy me han llegado diez cartas de amores
y tiemblo: "¡Ay Dios, si moriré esta noche!..."

III

Pero una voz, que viene de las sombras,
me dice, en el silencio del retiro:
"Divagas y profanas. No se muere...

Eternamente ha de flotar tu espíritu,
que te ha de prolongar en toda cosa,
y te ha de prolongar en todo sitio.
Ya en el umbral de piedra de tu casa,
o en la reja de hierro del vecino,
en que, una noche antigua, a luz de Luna,
saboreaste el febril fruto prohibido...
O en el viejo sillón donde creaste
tu ensueño, — o el árbol que fué herido
por tu mano, marcándole en el tronco
con la cifra de un nombre femenino...
O en el trazo de tinta, ya borroso,
en la página lírica de un libro;
o en la copa que un día fué a tus labios;
o en el llanto de un niño,
—tu nieto o tu biznieto,—en cuyos rasgos
vivirán rasgos tuyos o tu instinto.
No se muere jamás. La Cruz Cristiana,
la Cruz de Dios, en lo alto, es el principio
de un abrazo, es el gesto... Y, las estrellas
son las flores de luz del Paraíso.
No se muere jamás. Nada es materia.
La materia es reflejo del espíritu.
La materia es el polvo y vuelve al polvo.
La materia es la carne y no el latido.
La verdadera Vida es incorpórea
y la Muerte es, no más, lo ya vivido.
No profanes las puertas del Misterio...
No pienses en morir.

Duerme tranquilo."

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Bruselas, 1923.

LO IMPREVISTO

¡Oh Dios, nunca me des lo que te pida!
Me encanta lo imprevisto, lo que baja
de tus rubias estrellas. Que la vida
me presente de golpe la baraja

contra que he de jugar. Quiero el asombro
de ir silencioso por mi calle oscura,
sentir que me golpean en el hombro,
volverme y ver la faz de la ventura.

Quiero ignorar en dónde y de qué modo
la mesa del Amor está servida
por tu mano, Señor, y sobre todo,

dónde hallaré a la Muerte. Sorprendida,
sepa el alma a la vuelta de un recodo,
que un paso atrás se le quedó la Vida

CONRADO NALÉ ROXLO.

GRAVES ERRORES EDUCACIONALES

LOS INVÁLIDOS UNIVERSITARIOS

No bastaría enunciar las funciones de la larga vida pública del doctor Rodríguez para exaltar la autoridad de su voz. Faltaría explicar algo superior: la sabiduría recogida en la vida por aquel hombre de inteligencia clara y firme, de gran corazón constantemente aplicado al bien.

Esa sabiduría predominaba entre los elementos constitutivos de su temperamento y de su carácter

Ahí, más que en el brillo de las funciones que desempeñó, radica la autoridad con que esta voz podía dirigirse a la juventud

***

Este artículo escrito para PEGASO lo terminó el doctor Gregorio L Rodríguez pocos días antes de su muerte, inesperada y repentina.

Es, pues, un artículo póstumo, que tiene, además de sus altos valores, el sentido de una lejana voz que todavía se preocupa de nosotros

No hay duda que el Uruguay, en los años que van transcurridos del presente siglo, ha dado un gran impulso a todo lo que dice relación con la instrucción superior y profesional.

Sumas millonarias han sido invertidas en la construcción de amplios y suntuosos edificios que con cierto orgullo se muestran a los destacados visitantes extranjeros, quienes quedan hasta cierto punto des-

lumbrados ante la magnificencia de aquéllos, pensando que una nueva Grecia se levanta sobre esta margen del Plata. En tantos palacios consagrados a la ciencia y a la sabiduría, por fuerza tienen que existir sabios, y a fe que sería injusticia negar que contamos con un buen núcleo

Las facultades de Derecho, Medicina, Ingeniería, Preparatorios, escuelas de Agronomía, Veterinaria y Militar, así como ciertos institutos, se encuentran instalados dentro de majestuosas fabricas arquitectónicas

Los laboratorios poseen un material completísimo, de lo mas moderno y perfeccionado, cuya vista y utilización ha causado asombro a eminentes profesores europeos

El profesorado nacional es numeroso, mostrando el Presupuesto General de Gastos de la Nación la buena parte de rentas públicas que se consagran a la instrucción superior

Año tras año, millares de jóvenes se inscriben para seguir los cursos que se dictan en los liceos y en las precitadas Facultades, escuelas e institutos

Hubiéramos querido hacer conocer la cifra exacta de los inscriptos en el último quinquenio, pero la Secretaría del Ministerio de Instrucción Pública, a la que por dos veces nos dirigimos por escrito, pidiéndole datos, no los posee completos, hecho curioso e inexplicable en tal organismo, pues no ha podido complacernos sino en parte, con los de Enseñanza Secundaria y Preparatoria De las demas Facultades, sólo tiene los correspondientes al año 1922

Los cuadros que debemos a la deferencia del Ministerio, son los siguientes

Asistencia de alumnos reglamentados, a los establecimientos oficiales de Enseñanza Secundaria y Preparatoria de la República, durante el período 1919-1923

ESTABLECIMIENTOS	AÑOS				
	1919	*1920*	*1921*	*1922*	*1923*
Sección Central	1,437	1,508	1,613	1,512	1,588
» Femenina	370	383	365	308	293
Liceo «José E. Rodó»	438	540	510	559	555
» «H. Miranda»	490	505	517	541	567
» Nocturno	—	336	108	118	125
Liceos Departamentales	1,410	1,394	1,646	1,557	1,737
Totales	4,145	4,666	4,758	4,595	4 865

Estudiantes inscriptos en la Universidad, durante los cursos del año 1922

Abogacia	241
Notariado	205
Medicina	568
Farmacia	73
Odontología	186
Obstetricia	59
Ingeniería	130
Agrimensura	43
Arquitectura	110
Total	1,615

A los totales de estos dos cuadros habria que agregar los inscriptos en las escuelas de Agronomia, Veterinaria, Comercio, Militar, Naval, de Mecanicos, de Electro-Tecnica, etc, que no es aventurado calcular en ochocientos, mas o menos, lo que nos daría el

cómputo de los nuevos profesionales en embrión, que en el año 1922 han llegado a más de *siete mil*.

No puede caber duda de que, continuándose en estas progresiones, y ello es presumible, dadas las facilidades que se otorgan para poder seguir carreras de las llamadas liberales, el Uruguay será, antes de muy pocos años, el país que con arreglo a su limitada población, contará proporcionalmente, el porcentaje más alto en elementos titulados.

Es posible que muchos se enorgullezcan de un hecho semejante, afirmando que es una ventaja el que existan tantos ciudadanos excepcionalmente ilustrados

A nuestro juicio, en cambio, todo ello implica *un grave error*, cuyas temibles consecuencias empiezan a sentirse, y que se ahondarán con funestos resultados económicos, tanto para el país como para los propios titulados.

En una encuesta que dispuso recientemente la Sociedad de Medicina, a fin de obtener datos exactos sobre los resultados materiales que logran individualmente los centenares de médicos que existen en toda la República, se ha podido constatar la situación desfavorable por que pasa un grandísimo número de aquellos profesionales, que apenas ganan lo estrictamente indispensable para vivir con suma estrechez y modestia.

Esto permite sospechar el porvenir que les aguarda a los 568 incipientes galenos inscriptos en 1922, y a los otros cientos que se hayan matriculado en el corriente año, y a los que sigan idénticas aguas en los sucesivos.

Mutatis, mutandi, análoga cosa ocurre con el gremio brillante de los abogados, buen número de los cuales tienen que vivir de *expedientes*, pero no en el sentido jurídico de la palabra

Saneada casi totalmente la propiedad territorial

que otrora era fuente provechosa para los viejos estudios; entregado el arreglo de las sucesiones a los señores notarios, quienes generalmente suelen ser sobrios en los honorarios que conciertan con las partes, y siendo escasas las contiendas de importancia que surgen en la rama comercial, como raros son asimismo los juicios criminales en que el sujeto sea persona adinerada capaz de pagar con esplendidez la defensa del penalista que lo patrocine, los señores profesores de derecho tienen que aplicar sus inteligentes actividades a asuntos de menor cuantía, con los que de seguro no podrán jamás enriquecerse, teniendo que conformarse la mayor parte con salvar las apariencias de su decoro profesional.

Los arquitectos suelen reunirse hasta tres, a fin de instalar una oficina de construcciones, siendo pocos los que logran gran clientela, y muchos, los que apenas abordan dos o tres obras por año, conformándose con módicos beneficios.

Pueden contarse por los dedos, los ingenieros que, fuera de la administración pública, trabajan por su cuenta, desde que las grandes obras en las que se requiere la aplicación de las ciencias matemáticas no abundan entre nosotros, sin que esto quiera decir que no haya muchísimo que hacer, en puertos, ferrocarriles, canales, puentes y carreteras

Pasemos sin mayor comentario lo concerniente a agrimensura, farmacia, odontología y obstetricia, pues siempre hay más campos y terrenos a medir, recetas que preparar, espaldaras a arreglar y criaturas a nacer

Lo anterior se refiere a los profesionales que podemos llamar universitarios, pero existen aún otros titulados que no debemos olvidar; los que egresan de las escuelas de Veterinaria y Agronomía

Con los médicos veterinarios ocurre algo analogo

a lo que sucede con los ingenieros; la casi totalidad de los egresados se hallan adscriptos a los servicios públicos y viven del sueldo que les paga la Nación. Son pocos los que aplican sus actividades en especulaciones de carácter privado.

En cuanto a los agrónomos, que tienen en el país muchísimo campo para ejercitar con provecho general los conocimientos científicos que han adquirido en la magnífica escuela de Sayago, en las estaciones y campos de experimentación que sostiene el Estado, no siguen, infelizmente, la ruta que debían adoptar, a la inversa de lo que ocurre con los profesionales que forman la grande y soberbia Quinta Normal de Santiago de Chile, quienes en su inmensa mayoría se hallan dirigiendo y explotando los provechosos fundos que son orgullo de la república andina.

Es oportuno que recuerde aquí una curiosa referencia, que ha tiempo me hizo mi viejo amigo rural, el inteligente ingeniero don Carlos Arocena.

Había retornado de Europa, adonde había sido enviado por el Gobierno de la época con el fin de que perfeccionaran sus conocimientos visitando las escuelas similares de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, etc., un grupo de selectos ingenieros agrónomos, algunos de los cuales, en representación de sus compañeros, se entrevistó con aquel compatriota, para pedirle que intercediera con el Ministro de Industrias doctor Eduardo Acevedo, quien lo sabían muy amigo, a fin de que los invitase al Ministerio o a alguna de sus grandes reparticiones, desde donde, según ellos, podrían aplicar útilmente su ciencia y sus conocimientos.

El ingeniero Arocena les significó: No haré lo que ustedes me piden, porque lo conceptúo un grave error, pero me ofrezco, en cambio, a poner a contribución la influencia que ustedes creen que poseo con el Ministro, para que se ejecute el siguiente plan:

Se buscarán tierras adecuadas en alguno de los departamentos del litoral, y se fraccionarán en porciones de 200 o más hectáreas, sobre las que el Banco Hipotecario hará adelantos que permitan efectuar dentro de cada una de aquéllas las construcciones necesarias: casa habitación, galpones, porquerizas, establos, etc., etc., y comprar toda la maquinaria, herramientas, animales y semillas que requiera un establecimiento agrícola modelo.

El Estado garantizaría los pagos, en los primeros años, ínterin los establecimientos no se encontraran en franca producción.

Ustedes, agregó el señor Arocena, son jóvenes y han de tener sus miras; pues bien, se casan, hasta como medio de estar tranquilos y se marcha cada pareja a su respectiva estanzuela, a trabajar con provecho, aplicando los conocimientos científicos adquiridos, teórica y prácticamente, y haciendo de ese modo, nuevas escuelas objetivas para todo el vecindario de la zona.

En algunos años de intensa labor, cada uno de ustedes habrá formado su capital y tendrá una posición independiente, fuera del bien enorme que habrán rendido a la República.

Como se ve, la idea del señor ingeniero Arocena no podía ser más noble, más práctica ni más eficaz.

¿Cuál fué la respuesta de los visitantes de mi distinguido amigo? Muchas gracias, señor, por su generoso ofrecimiento, pero no podemos aceptarlo, no hemos estudiado tantos años para irnos a soterrar al campo. Nosotros queremos permanecer en la ciudad y entendemos que lo que procede es que se nos dé la preferencia, en virtud de nuestros títulos, para ocupar los puestos que están actualmente desempeñados

por personas que no poseen nuestros conocimientos, y así serviremos útilmente al Estado.

Con triste desencanto, pero con toda la cortesía del viejo señor, el ingeniero Arocena puso término a la memorable entrevista.

Como se ve, en un país como el nuestro, de tierras fértiles y abundantes, la mayor parte de ellas, deficiente y rutinariamente explotadas, el Estado, a costa de sacrificios, forma agrónomos, que en vez de pugnar por el aumento de la producción y de la riqueza pública, y hasta de la propia personal de ellos, tienen, en cambio, por objetivo, acrecer la frondosa burocracia metropolitana.

Lo precedentemente narrado, no es una excepción sólo aplicable a los señores agrónomos, ni queremos sindicarlos como únicos en tales erróneas ideas.

Ello es un mal común, que se extiende a casi todos los elementos titulados. El sueldo en el Presupuesto General, es el primer punto de mira que se persigue, y de ahí el crecimiento fantástico de cargos y la constitución de nuevos organismos que proporcionen medios de vida fáciles, aunque modestos, a gran parte de los profesionales, que año tras año; van saliendo de las Faultades y de las Escuelas Superiores.

Todo esto nos revela que los efectos de nuestro sistema educacional no son aptos en el sentido de preparar actividades productivas, como las que está requiriendo nuestro país

No sólo es triste, sino antieconómico, el que la comunidad se vea forzada a crear nuevas oficinas y empleos, para los universitarios, como si fueran otros tantos inválidos inutilizados en la lucha por la vida.

Los cuatro, seis u ocho años de estudios especiales que realice cualquier joven, deben servirle, no para instar al mundo a que le dé ocupación, sino para procurársela mediante sus propias aptitudes.

Estamos produciendo personalidades, que al término de sus estudios superiores, carecen de la confianza necesaria en sus propias fuerzas y no tienen las nociones precisas sobre la vida y sobre los problemas atinentes; poseen una brillante y seductora apariencia, por la diversa ilustración que han adquirido y, sin embargo, no están provistos de las armas que reclama el trabajo provechoso.

Hay que orientar la educación hacia otros rumbos, procurando disminuir la plétora de profesionales que no engrandece al país, ni se bastan a sí propios, y abriendo horizontes hacia el campo y hacia las industrias particulares que pueden ejercerse aún dentro del hogar doméstico.

Debe combinarse la educación intelectual con la manual, de modo que el sujeto adquiera el máximum de confianza en sus propias iniciativas.

Dice una gran verdad un escritor norteamericano, cuando afirma que "la división de los hombres en educados e ineducados, en eruditos e ignorantes, obedece a un falso concepto, que la verdadera distinción entre los seres humanos, reside en que sean interesantes o carezcan de interés", y cita casos de profesores eminentemente sabios, pero particularmente soporíferos.

No hay duda que ante el criterio práctico moderno, no sólo es más interesante, sí que también más útil, un constructor de máquinas, un electricista inventor, un gran agricultor, un pomólogo de hecho, un criador de aves, que muchos profesores eximios, de teorías ideológicas, ya que aquéllos engendran y dan a luz valores económicos descontables.

La generalidad de nuestros estudiantes profesionales recargan sus mentes de cosas que no necesitan saber, y no se les enseña el verdadero camino, ni se

les arma de los elementos requeridos para la lucha por la vida, que es más difícil cada día.

En los Estados Unidos, de donde se trajo la Reforma Escolar, de que nos hemos enorgullecido durante cuarenta años, ya se tiende a modificar el pernicioso sistema universitario, pues se mira con profundo descontento la clase de educación mental que se da a los jóvenes norteamericanos, en la que no se atiende como debiera, al mayor desenvolvimiento de la iniciativa personal.

Se quejan de que los catedráticos no sean gente práctica y que los jóvenes universitarios reciban, durante los cuatro o séis años más impresionables en la vida, las lecciones e influencia de hombres de vasta educación, pero incompetentes en los negocios, y que tienen tan escaso interés y conocimientos financieros como sus mismos educandos.

Piensan que la Universidad ideal sería aquella que preparase a sus estudiantes para ganarse holgadamente la vida, y que les enseñara a responder satisfactoriamente a las preguntas que pudieren hacerles los jefes de industria.

Será prosaico y rudo, pero hay que reconocer que el valor de la erudición poco o nada agrega a la riqueza de las naciones, ni a las necesidades prácticas de la vida, que son las que deben atenderse de preferencia, en países nuevos como el nuestro, que se desenvuelve con dificultad por no tener más horizonte que el de su ganadería, horizonte, por otra parte, limitado a la venta de carnes, y de cueros y lanas en bruto, pues ni siquiera nos hemos habilitado para acrecer el valor de estos dos últimos productos, en forma industrial, con lo que hallarían ocupación provechosa muchos miles de ciudadanos y tal vez algunos centenares de los que entran a la Universidad, que podrían aplicar su inteligencia como directores

o jefes de industria, con más provecho general y propio, que siendo médicos, abogados, o veterinarios o agrónomos *urbanos*.

Es oportuno transcribir aquí la opinión de un hombre cuya palabra ha sido muy escuchada a raíz del Tratado de Paz de Versalles, y que tiene gran autoridad en los países sajones.

Dice Mr. Samuel Gompers:

"Cuando pienso en la educación que me asimilé en
" las calles de Londres, en las enseñanzas adquiri-
" das en el taller, en la disciplina creada por la nece-
" sidad de establecer una organización que produje-
" ra resultados definidos, en las fértiles ocasiones de
" cultura que ofrece el contacto con la humanidad,
" no puedo menos de comprender que he tenido ex-
" celentes oportunidades educativas.

Tales manifestaciones, hechas por un hombre de gobierno, eminente y respetado, están muy lejos de constituir un himno en favor de la enseñanza universitaria o facultativa, como la que se inculca en los tiempos presentes y, respecto de la cual, no se ve apuntar la menor reacción.

Es urgente evolucionar de modo que la educación profesional implique para el estudiante la capacidad de realizar obras de determinado carácter, que le permitan triunfar en la vida y no ser otros tantos fracasados en la lucha diaria, como infelizmente lo venimos constatando.

Apena ver a nuestra juventud ilustrada, — luego de haber, una parte de ella, comprometido su salud, durante los 10 o 12 años de estudios que se necesitan para obtener ciertos diplomas, — llegar al mundo de la realidad, experimentando crueles decepciones y tener que solicitar un empleo público para no morirse materialmente de hambre.

Traduce este sentir, uno de los decanos de la famosa

Universidad de Haward, cuando expresa que es difícil para un joven descubrir las ventajas de la educación universitaria, cuando encuentra que nada tiene que ofrecer con respecto a las demandas de los hombres de negocios.

No niego que sean encomiables las incursiones en los campos de las ciencias teóricas que no ofrecen remuneración, pero tan laudables gestos, reservados para espíritus selectos, no se transforman, por regla general, en hechos de interés público, como lo serían, en cambio, las lecciones prácticas que diera cualquier industrial o fabricante, sobre variados conocimientos, aprovechables en el mercado de los negocios y relacionados con la producción nacional.

No es aventurado afirmar que, debido a nuestro incurable optimismo, parece que aún no nos hemos dado cuenta de la transformación económica por que pasa el mundo entero, cuyos efectos nadie es capaz de prever y de ahí que se persista en encaminar a la juventud por las rutas gastadas de tiempos que no volverán.

El Uruguay, como muchos otros países, ha experimentado la más seria perturbación que se haya conocido en su historia económica y financiera, que ha afectado y afecta las más hondas raíces de su riqueza, por lo que se impone un serio cambio de orientación, que prepare a los hombres que, en un futuro cercano, sean llamados a regir sus destinos, preparación que implique una dotación de recursos de elasticidad efectiva e intelectual, necesaria para hacer frente a las rivalidades que ya se van surgir en otras naciones.

Los grupos profesionales son los que más han sufrido en el cambio desfavorable que se ha experimentado en la humanidad, pues se encuentran sin las defensas a que han podido apelar otros gremios. Es inconcebible, en consecuencia, que se mantenga la errónea preparación de aquéllos, que los conducirá a un franco desastre, con perjuicio para todos y especialmente para el país, que necesita de sus inteligencias, juiciosamente lastradas y encaminadas.

El porvenir hay que encauzarlo con criterio más práctico, ajustándolo a las exigencias materiales y teniendo en cuenta las nuevas relaciones que han surgido entre cada individuo, los objetos económicos que requiere, y el trabajo que debe efectuar para obtenerlos.

Se está realizando, en verdad, una nueva valorización de las aspiraciones, no tan sólo económicas sino también de otro carácter, pasándose, en consecuencia, por el proceso de establecer distintas condiciones y normas de conducta que correspondan a las necesidades y deseos de la humanidad, por lo que, sería funesto mantener los viejos patrones universitarios, de los que no podrán salir los elementos adaptables a las tareas del futuro.

Estas reflexiones tienden a demostrar la imperiosa e impostergable necesidad en que nos hallamos de dar nuevas orientaciones a la instrucción superior y profesional, mediante cambios radicales que hagan surgir aquellos elementos capacitados, que se requieren para la nueva vida, que la gran guerra ha impuesto a la humanidad entera.

"Los intereses creados" y la fuerza de las costumbres se revelarán para impedirlos o dificultarlos,

pues toda reforma radical halla más adversarios que adeptos, pero tengo confianza en que han de imponerse, pues las duras lecciones que estamos recibiendo en todos sentidos, concluirán por llevar el convencimiento al ánimo de los hombres superiores que existen en el Gobierno, de que se esta malgastando el dinero en la preparación de sucesivas generaciones de inválidos universitarios

Ha de perdonárseme la franqueza con que expongo mis ideas, fruto de un viejo convencimiento, en obsequio a las altas finalidades que persigo, para bien de los profesionales y del país

Una firme voluntad será necesaria, para llevar por el mejor camino una reforma tan importante y fundamental como la que se requiere, que afectaría por igual, organizaciones, sistemas de enseñanza, programas, profesorado y educandos, pero no dudo que entre los múltiples cerebros ponderados que existen en nuestra Universidad, ha de hallarse el predestinado para conducirla a buen término, siempre que los Poderes públicos le presten el franco y completo apoyo que se necesita para obra tan magna.

GREGORIO L RODRÍGUEZ.

Después de terminado este artículo, recibimos, enviados por el Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, los datos de la población estudiantil, correspondientes al quinquenio 1919-1923, cuyo resumen es el siguiente

	AÑOS				
	1919	*1920*	*1921*	*1922*	*1923*
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales:					
Abogacía	170	182	220	248	267
Notariado	103	115	129	160	188
Facultad de Medicina					
Medicina y Cirugía	435	455	598	591	734
Farmacia	69	76	82	78	79
Obstetricia	49	49	55	56	63
Escuela de Odontología	175	185	201	203	173
Facultad de Ingeniería					
Ingeniería	1 6	110	127	130	121
Agrimensura	66	57	46	43	25
Facultad de Arquitectura:					
Arquitectura	116	109	85	96	104
Totales	1,289	1,338	1,543	1,605	1,754

Montevideo, 1.° de junio de 1923

"FABULAS"

(Por Montiel Ballesteros)

He aquí un breviario de emoción.

Libro es este en que no brillan oropeles Todo en él aparece sencillo, exacto, casi táctil a fuerza de ser verídico: la cigarra, *humilde, simple, ferviente;* los teruteros, *con su capa negra de seda tornasol, sus largas medias rojas;* la paja brava, *flaca, triste, amarilla;* el sauce, *verde lluvia de lágrimas,* los claveles del aire, *rojos, azules, florenciendo con una gracia inesperada y feliz en los troncos oscuros;* la viuda, *ese dulce pajarito blanco.*

Fábulas titula el autor a estas evocaciones campesinas; pero ¿lo son, realmente?

Al labrar sus páginas, acaso no haya tenido Montiel sino de una manera accidental, circunstante, la intención didáctica en que suelen aparecer inspirados — desde los remotos fabulistas orientales hasta Lafontaine o Samaniego, Roberti o Gay, — todos los cultores del apólogo. Ellas ofrecen escasa paridad con las ideaciones de Andersen, alto maestro en el arte de enseñar deleitando, no tienen tampoco el sedimento religioso de las leyendas indúes, en que la imaginación advierte, bajo la apariencia humilde del zorro, del gamo o de la ardilla, la suave tristeza búdica; menos se asemejan a las viejas tradiciones germanas, donde parece vibrar aún aquel impulso formidable con que el vendaval judaico desvaneció la claridad de Hélade; pero lo cierto es que llenan una

oquedad espiritual, porque en ellas alumbran Arte y Amor, encendidos en autóctona visión. ¡Penetradora visión, que vuela como un dardo, por encima del mar!

Así, recogiendo en los aspectos familiares, sencillos, de su tierra aquel fino latido que la rudeza estética de otros contempladores no supo descubrir, Montiel halla poesía en la voz del arroyo cantarín, en la irisación de un plumaje, en el reflejo sangriento de una nube, la envuelve en ingenuo artificio, y despierta entre quienes se deleitan con su libro esa simpatía vaga, sin forma, sin objeto, esa plenitud bondadosa por la cual todo hombre se acerca un poco a Dios He aquí de qué modo el poeta ejerce una encumbrada misión de humanidad

Sea, pues, fábula la narración que acaba en moraleja, o consistía ésta simplemente en el arte de poetizar la realidad, a la manera de Montiel, bien llegadas sean esas páginas, en cuya emoción castamente desnuda radica lo más bello y útil de su acción genérica.

Montiel—él lo afirma—anhela que sus ideaciones alcancen algún día cierto valor de mito. "No bebo en las fuentes de la tradición, — viene a decir — quisiera, en cambio, que la tradición abrevase en las mías" No ha de lograrlo, empero.

Asegúrase que el acto de someter la realidad a una imaginación cualquiera, es ya un fermento mítico. Tal vez; mas nótese que la leyenda gestada en un solo cerebro difícilmente cobra el recio valor afirmativo, el impulso racial formado por la acumulación paciente, lentísima, de anhelos, de inquietudes, de invocaciones supremas que van, paso a paso, tejiendo la urdimbre del mito, hasta convertirle en el crédulo fervor con que Grecia cantó la cólera de Zeus, la destreza de Apolo, la actividad ubicua de Mercurio.

Desde lueugas tierras nos llega este libro americano En Catania distrae ahora Montiel sus horas de

ocio — ocio fecundo de poeta — . Antes, creemos, vivió en Florencia, la ciudad tantas veces ilustre; pero vagando por Sicilia o recogiéndose en la serenidad augusta de la Santa Croce florentina, donde Miguel Angel descansa de su angustia genial, el poeta habrá sentido saudades de su tierra, de esta tierra donde todo ofrece una noble sencillez campesina. Así, tal vez, nació su bello libro.

¿Quiere esto decir que Montiel haya permanecido hermético, impasible, ante la sugestión artística de Italia? No; pero creemos que si alguna influencia experimentó su ánimo, no habrá sido, en verdad, la de los dos enormes renacentistas: Leonardo y Miguel Angel. En cambio, acaso lleve en el espíritu la estela primitiva de Giotto, llena de simple y cándida armonía.

Todo el amor a la Naturaleza que alienta en la obra de Montiel halla, sin duda, un eco fraterno, una simpatía acogedora en la tierra prócer de Italia. Allí, con Virgilio, acaso haya nacido el sentimiento puro, sin cendales, de cariño a la gran Madre Tierra. Más tarde, en la gaya campiña toscana, Francisco de Asis deleitóse escuchando al ruiseñor, acarició a la alondra, pactó con el lobo de Gubbio y, alzando en la paz de la mañana los brazos escuálidos, alabó al Señor *por el sol y la calma y el viento, hermanos suyos.*

Aún hoy, la inquieta sensibilidad italiana, encuentra en la Naturaleza, su maestra, un manantial perenne de verdad.

Montiel es, ante todo, un espíritu pleno de comprensiva tolerancia. En él la benevolencia es principio absoluto de moral, vehículo de simpatía, según aconsejaran Hutcheson, Comte, Adam Smith. Tal vez por ello nuestro autor esquiva, casi siempre, el tema heroico. Y a fe que no es pequeña virtud la suya.

Estilóse en América, hasta no ha mucho tiempo,

colocar sobre todas las cosas cierto halo de heroísmo; pero lo evidente es que, sin más hondos y duraderos valores, el continente nuevo no hubiera captado el don de universalidad merced al cual es algo más que constitución política y fuerza guerrera.

Urge aquí, como en todas partes, el advenimiento, cada vez más copioso, de espíritus serenos, que sientan en la épica lo que tiene de fuerza ejecutiva y útil, cuando un alto motivo la reclama; pero no la conviertan en áulico miraje interior.

El culto a lo heroico finca en el pasado. Es, pues, un valor histórico; y como en toda historia, precisamente por inactual, hay siempre una posibilidad de revaloración, dedúcese que no es la capacidad heroica de los hombres o de las épocas lo que universaliza la nacionalidad, aun cuando haya contribuído a formar su embrión, sino, en una paz laboriosa y fecunda, la sensibilidad, tensa, vibrátil, la sensación de humanismo que todos llevamos en potencia y que algunos — muy pocos — aciertan a expresar.

La figura arrogante del Cid, pasando con un rumor de hierro en busca de Valencia, o alzándose en la dura batalla, entre el galope altivo de los potros sin freno,

" tanta loriga falsa desmanchar,
" tantos pendones blancos ir bermejos en sangre
" tantos buenos caballos sin sos dueños andar":

se diluye, se apaga, ante aquel su dolorido sentir, contemplando los muros de la ciudad donde dejara tibiezas de nido:

" De los sos ojos fuerte-mientre lorando
" tornara la cabeza e estava-los cantando".

Y Roland no es grande cuando impreca

" Le fer en sera sanglant jusq'a l'or de la garde"

sino cuando, solo ya en el valle todo lleno de silencio y de sombra, siente cómo se acerca la Invencible, y entonces, desnudando la diestra, ofrece a Dios su guante en rendida señal

" Vrai Père qui jamais ne mentis, gueris mon âme"

Estamos enfermos de heroísmo El último huracán guerrero pasó abatiéndolo todo El ímpetu sólo nos condujo a la tristeza, pero el ejemplo es estéril. Cerca de nosotros, en América, el viento pasa con un silbar agudo, como si cruzase entre lanzas erguidas

Loemos, pues, a los hombres que, al modo de Montiel sin desmayar la varonil entereza de su animo, atenúan el culto al denuedo puro, avivan el culto a la pura bondad y van así creando, con el dolor de todo alumbramiento, el alma de la patria

A. ALLER

DÉJAME VER TUS GRANDES OJOS...

Déjame ver tus grandes ojos verdes
piensa que, acaso, son la estrella de mi vida
que buscando vivo!
Por eso me ves triste y no me miras,
por eso me ves solo y sin amigos!

Déjame ver tus grandes ojos verdes
veras que tierna tengo el alma mia,
veras que extrañas son mis ilusiones,
veras que nuevas son mis alegrias!

Te contaré mis sueños, bajo el rosal
mas viejo de mi heredad nativa,
donde hablaron de amores mis abuelos,
entre el perfume de las rosas nivea,
mirando cual se cubrian los crepusculos,
tus labios silenciosos, tus manos en las mias!

Pero mírame!
Quiero ver tus grandes ojos!
No creas que estoy triste
es que busco la estrella de mi vida;
esa estrella, que dicen que tenemos
todos los que vivimos
y que a mi, me parece que me alumbra
desde tus verdes ojos pensativos!

CÉSAR AGUIRREZABALA

Grabado en madera, para ilustrar «Poemas Nativos», de Federico Lanau.

POEMAS NATIVOS

Con el sombrero gacho puesto sobre los ojos;
por el campo, en la noche, sin saber hacia dónde,
voy andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

He pasado tres veces por el mismo camino;
y tres veces me he herido en las mismas espinas,
andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

Mañana, los vecinos dirán, y con razón,
— prendiéndole a la Virgen un cabito de vela: —
anoche, por el campo anduvo una luz mala;
anoche, por el campo anduvo un alma en pena...

FERNÁN SILVA VALDÉS.

EDUCACIÓN

Honrando a una maestra

(Discurso pronunciado en un homenaje dedicado a Misia María Stagnero de Munar)

Para sentir toda la justicia de este homenaje, es necesario evocar el ambiente en que surgió a la vida educacional María Stagnero de Munar.

Antes de 1870, nuestro país tenía algunas escuelas primarias, pero no tenía maestros. Los que enseñaban por aquellos tiempos las primeras letras, no tenían la culpa de no serlo, como tampoco la tenían los directores de la educación pública. Era la edad de piedra de nuestra historia, la que marca la adolescencia de todos los pueblos. Nuestro país era un adolescente: ¿qué son, para la vida de un pueblo, cuarenta años de independencia?.

El carácter nacional tenía dos moldes antagónicos: uno de oro, el hogar antiguo; otro de hierro, la guerra fratricida. El hogar le formaba el sentimiento; la guerra le deformaba el pensamiento. Y así se iba modelando nuestra juventud, un poco a lo "Don Ramiro": aptitud para amar en la sentimentalidad, necesidad de odiar en la mentalidad ..

La escuela primaria era apenas el cuarto de suplicio donde escasos niños del pueblo aprendían a leer. Pero apareció el educacionista de la hora, aquel "personaje reinante" que, en la filosofía de Taine, exigen

en ciertas condiciones los ambientes que gestan una expresión colectiva. Y no apareció en un remanso de nuestra historia, sino en una noche de tormenta cívica, cuando más se hacía sentir la necesidad de educar al pueblo para afrontar la tarea de las sociedades civilizadas. El "personaje reinante" venía de Norte América, adonde fuera llevado más por las ideas del comercio que por el comercio de las ideas. Era José Pedro Varela, que acaso recogió en sus oídos la sugestión vecina del formidable Sarmiento: hay alguna leyenda al respecto.

Bajo el impulso superior de José Pedro Varela, fueron surgiendo escuelas nuevas, pero faltaban maestros nuevos. Y sin maestros, las ideas nuevas no serían más que fórmulas administrativas, porque el cimiento primordial e insustituible de la escuela de todos los tiempos no es el método pedagógico, ni el programa cultural, ni el texto instructivo: el cimiento fundamental de la escuela es el maestro. Yo me imagino a Varela, que acaso sentía ya en sus pulmones fatigados el furtivo paso de la muerte prematura, buscando con angustia a su alrededor alguien a quien pasar la antorcha de la hora, ella sí destinada a sobrevivir, porque estaba encendida con material más fuerte que la carne: la Idea. Me lo imagino —porque quería que su obra fuera de todos y para todos— temblando por el porvenir de la escuela nueva confiada a maestros viejos, que tornarían fatalmente a lo antiguo cuando el gran propulsor desapareciera .. Varela tenía colaboradores tan creyentes y ardientes como él—colaboradores que no evoco porque no quiero cometer injusticias recordando sólo algunos nombres que registra mi memoria, y entre los cuales tendría que desfilar mi propia madre— pero era menester algo más, era menester formar maestros "varelianos".

Y he aquí que también ellos empiezan a surgir. Entre los primeros, se destacó una joven estudiosa y batalladora, que venía conquistando menciones y honores desde que era modesta ayudante, que siguió conquistando con pruebas brillantes títulos y direcciones de escuelas de segundo y tercer grado, primera entre las primeras, con aquella gallardía en el empuje ascensional que anuncia a los predestinados del laurel: era María Stagnero, y se impuso como la fundadora natural del primer Internato Normal de Señoritas.

Ahora sí, la sombra ansiosa de Varela podría descansar y sonreir; ya tenía asegurada la victoria. La escuela nueva tendría maestros, puesto que los formaría a su propia imagen doña María Stagnero de Munar, "Misia María". Y no creo cometer omisiones ni injusticias personificando en ella la obra de formar maestros, aunque hubiera en su época un instituto masculino también a cargo de manos dignas, porque tengo para mí, que no siento el menor prejuicio psicológico, que la función social del maestro primario pertenece por antonomasia a la mujer. El hombre es capaz de todas las abnegaciones —puesto que fué Jesús y no María de Nazareth quien murió crucificado— pero tal como hemos reglamentado la vida, quien heredó a Jesús fué la mujer. Yo me inclino con admiración ante el hombre que es maestro, pero sé que nuestra época, al exigirle a un hombre que sea maestro, lo condena a una mutilación y a un apostolado que ni siquiera le compensa ni le reconoce. Por eso prefiero personificar al maestro en la mujer, y al formador de maestros de nuestra era de gesta en misia María Munar:

¡Formar maestros! ¡Hay tarea más compleja y sutil? Formar maestros es sacudir una por una las teclas todas de la inteligencia y la sensibilidad humanas, afinarlas, suavizarlas, sublimizarlas, y luego

reunirlas armoniosamente para una sinfonía casi sobrehumana, siempre orientada a elevar el tono, hecha de ciencia sin pedantería, de dulzura sin debilidad, de sencillez sin vulgaridad, de severidad sin dureza, de disciplina sin rigidéz, de libertad sin desorden... es decir, una sinfonía de todas las virtudes humanas que sólo son capaces de alcanzar las mentalidades de excepción y encauzar en el surco inasible de esa sinfonía compleja y sutil el vuelo del más incoercible de los pájaros: ¡el niño! Y todavía hay que agregar la abnegación, palabra que debería borrarse del diccionario para ser definida en el capítulo de la madre. . Por eso he dicho que el maestro de instrucción primaria debe ser esencialmente la mujer, que la naturaleza ha destinado a ser madre.

Y eso fué desde 1882 hasta 1912 doña María Stagnero de Munar: una formadora de madres. La historia de su actuación de treinta años en el instituto que dirigió no necesita más, o no necesita menos, que esa frase para juicio decisivo. ¡Comprendéis ahora la razón de este homenaje? ¡Comprendéis por qué al impulso de este homenaje partió de las maestras?... Misia María no fué "una" maestra ilustre, fué "la" Maestra. Y si este homenaje es cálido y expansivo, es porque alienta en él el hálito del amor filial. Otras y otras vendrán después que ella para seguir colocando, al ritmo incontenible del progreso, nuevas hiladas en el edificio siempre sin techo de la escuela nacional: la igualarán en esfuerzo, la superarán acaso, —como ella misma lo pedía en aquel su lema admirable "no basta ser buenas, es preciso ser mejores"— pero ella será siempre la madre, y es justo que se le ame y se le honre por encima de todas

Yo, que suelo estar muy cerca de sus mejores discípulas, puedo advertir cuán noble y grande debió haber sido su mentalidad. Por eso he acudido esta no-

che a unirme a ellas en el fervor de este homenaje, y a celebrar respetuosamente un pasado de donde arranca directamente el porvenir de nuestra escuela primaria.

Nuestra escuela primaria ya no puede morir, porque tiene maestros Yo tengo una fe profunda y una profunda esperanza en los nuestros, y creo que lo único que necesitan para su máximo rendimiento es un poco más de libertad. Tales como son, ya son buenos, pero para ser mejores deberían tener el derecho, acaso mismo la obligación de las iniciativas creadoras Los pedagogos primitivos concibieron sus creaciones en libertad, y es lamentable ver que quienes se especializan en una técnica pierden el derecho de ensayar progresos cuando los reglamentos fijan su acción en el límite de lo ensayado triunfalmente por otros.. Yo sueño con una escuela oficial de ensayo, especie de clínica libre pedagógica, que bien podría ser una sección de perfeccionamiento de algún instituto normal, donde la inquietud creadora de nuestro maestros sometiera al crisol de la experiencia las ideas viejas que no tuvieron éxito, o las ideas nuevas que no tuvieron ensayo, o las ideas futuras que no tuvieron principio,—clínica pedagógica libre, al uso de los que sintieran detrás de la frente aquella excusa para vivir que confesaba Chénier.

Y si me atreviera a concretar en una fórmula el destino final de esta cruzada de la gratitud y del afecto, yo diría que acaso la mejor materialización del homenaje a doña María Stagnero de Munar fuera la creación de esa clínica pedagógica libre, ofrecida, bajo la mirada maternalmente amiga de misia María, al ardor fecundante de cuantos —sintiendo el estímulo de los Pestalozzi, de los Tolstoy, de los Eslander— pidieran regar en nuestra escuela primaria

toda la experiencia del pasado con todos los ensayos del presente y todos los ensueños del futuro!

SANTÍN CARLOS ROSSI.

El arte y la escuela

Mi proverbial inclinación al estudio de los problemas sociales me llevó a la lectura de autores pedagogos, quienes, reconociendo la complejidad y trascendencia —como así un oneroso estancamiento contemporáneo— de la educación social, asignaban en un cientificismo unilateral e inconcluso la necesidad de ampliar los horizontes naturales de la misma, en forma que convenga a la sociedad y a la misma escuela.

Ciertamente que notamos la falta de dos recursos que podríamos llamar escénicos, de importancia e influencia decisiva, indudables como factor de provecho, los cuales nos han movido una vez más a tomar la pluma y llenar unas cuantas carillas en pro de una causa que ya desarrollamos en un breve estudio publicado en alguna parte.

Porque así lo exige la misma naturaleza del tema, daremos algún paseo por sus márgenes incontaminables, haciendo algunas variaciones de referencia formulista.

Ningún pueblo y ningún hombre podrá detener u obstaculizar a la escuela en su estoica y digna marcha como no sea de los que han prestado grandes servicios o grandes males a la humanidad.

Las corrientes de ideales son una lidia recíproca que sostienen los que luchan por el progreso y bienestar colectivo contra quienes con la insociable tolerancia del asceta, impiden que sean desatados los lazos que permitan volar sin obstáculos sobre las codiciadas alas de la libertad. Y los ideales, las esperan-

zas, son accesorios obligados. No se puede ni se debe vivir sin ellos.

Como ideal, la causa que nos ocupa no es menos categórica ni insuficientemente potente.

En el tradicional crisol en que se funde, como en el prisma en que se modela, muchas veces se encontraron esas partículas divisibles de gérmenes "diletantes" que permitían el desarrollo progresivo de alguna deformidad o incompetencia, las que luego constituían una seria y por lo mismo atendible nube.

Bien lo dijo Leibnitz: "La época actual, hija de la pasada, está preñada de porvenir."

En la hora actual en que la democracia viene abriéndose paso gradual y generalmente para terminar sin duda en una triunfal coronación definitiva, es exigible la redención de la escuela un tanto descuidada o incompleta, técnicamente.

Por ya haber tocado el tema desde este último punto de vista, nos concretaremos a lo que nos propusimos, ó sea, "el arte y las profesiones en la escuela", como también el "comunismo", desdichadamente incomprendido, que debe unir en una inminente y justiciera inteligencia los lazos hoy disgregados virtualmente del Hogar y la Escuela.

Será para beneficio inmediato de la sociedad y la familia, que es hija de ella.

A ello nos remitimos, pues.

La función educativa moderna debe ser de tan variada naturaleza como lo son esas composiciones abstractas que insospechadamente se sustituyen y elaboran entre las tinieblas inquietantes de una algarabía ciclópea que les presta su complicidad. Las profesiones comerciales, industriales, artísticas o científicas, deben formar parte esencial de la misma, aun en la época en que recién comienze a esbozarse el carácter

del educando, diseñándose su personalidad moral y perfilándose sus aptitudes físicas e intelectuales.

El mecanismo de por sí complicado de la educación no obvió, empero, para que, risueñamente, se la confundiera con esas indirectas políticas de ocasión que infunden e involucran en un espejismo rimbombante una remota inducción épica y esquiva.

Quizá resulte difícil y elástica la idea de llevar a la realidad la gestión que sustentamos, o sea la de abastecer en la medida fundamentalmente limitada, necesaria al mercado de la instrucción con la inclusión, en sus programas, de dos factores de potencialidad, como agentes medianeros, reconocida.

La preparación superficial de las profesiones debe ser tácitamente impuesta, cualquiera que sea su índole o finalidad. Los frutos que se cosechen en la alternativa, con relación a la economía del país, sus progresos, su estabilización, tambaleante hoy por la inhabilidad, privilegios o haraganería, serán acentuados marcadamente en el sentido de una evolución ventajosa y reaccionaria.

La compatibilidad del arte y la escuela es de todo punto de vista innegable. Sin embargo, a nuestra infancia ni a nuestra juventud se les da arte, ni aun se les inicia en el camino de su comprensión como medio de esparcimiento espiritual.

Hemos dicho en otra oportunidad que la influencia beneficiosa que en el arte y las ciencias en sí nos da a contemplar como digno corolario la fecunda función creadora de éstas, que se traducen en una ventajosa situación que concurre por partes, pugnando por hacer carne perdurablemente en las sociedades, que le ofrecen como marco de estímulo y vivificación una disposición capaz de destacar la fuerza plena que en sus entrañas fructifica y vive, podemos observarla abiertamente en los renovados pensamientos y actitudes

de las masas, hasta cierto grado positivistas, pero de fácil impresión en sus sentidos sensibles. Si el gusto artístico de éstas no se inclina a lo exquisito, a lo elevado, se debe a su incomprensión con respecto a las artes. Ello no les priva, con todo, que esa pequeña fuerza, simiente que encierran en lo más recóndito de sus fibras (la facultad aprehensiva, que hace posible concebir especies y modalidades sin que sea indispensable emitir juicios) pueda expandirse, dilatarse, y les dé la satisfacción de poder apreciarlas y extasiarse en la belleza que transporta su construcción y la armonía inspiral, que es su aliada.

Nada se hace con difundir la escuela si ésta no es capaz de llenar la necesidad de todos los pueblos y de todas las generaciones. En pleno correr del siglo XX, ha menester una reforma de importancia, lo que no hemos venido a descubrir nosotros, ya que mucho y capacitativamente se ha hablado sobre la materia

Para fundamentar y abultar más las teorías, es costumbre arraigada citar una extensa lista de autores Nosotros no tenemos necesidad de ello, pues creemos haber dicho en estas pocas helenas —valga la semiperífrasis— lo que sentimos y es esencialmente necesario expresar.

En cuanto a la unidad de la escuela primaria y la familia, es indiscutible su ejecución futura, verdadera.

El perfeccionamiento de la escuela, no es el de prolongarla, sino el de hacerla útil e inmediata

La base del progreso está reducida al círculo inmaterial que se deriva de ella.

FEDERICO ORCAJO AGUÑA

GLOSAS DEL MES

SOBRE FOMENTO ARTÍSTICO

Proyecto del señor Blas S Genovese

En la Asamblea Departamental se han presentado varios proyectos para el fomento de la producción teatral, artística y literaria: uno de los señores Salgado y Pereda Valdés por el que se crean cuatro premios para las mejores producciones literarias y artísticas anuales —uno para poesías, otro para novelas, cuentos, libros de crítica o de investigaciones históricas, otro para cuadros y otro para esculturas—; un segundo del señor Blixén Ramírez para el fomento del arte dramático nacional y un tercero del señor Genovese que crea trece premios anuales destinados respectivamente a: novelas; novelas cortas o cuentos; poesías; serie de nueve artículos periodísticos; estudios históricos, sociológicos o de crítica; obra teatral, obra para el biógrafo; esculturas; cuadros; serie de ilustraciones de obra literaria; composición musical; construcción de casas o conjunto de casas, conjunto de arte industrial Estos dos últimos proyectos tienen el gran mérito de establecer los recursos correspondientes para sufragar los gastos.

Habiendo decidido la Asamblea la creación de una Comisión Especial de Fomento Artístico, el señor Genovese ha presentado uno nuevo en el que ha procurado resumir las características esenciales de los an-

teriormente enumerados. Por este proyecto se establecen, además de los trece premios del primitivo, otro más para un concurso anual de orfeones. Se crean dos escuelas de cantos corales, dotándolas de presupuesto anual fijo; se destinan $ 30,000 como capital para la formación de una Compañía Nacional de Arte Dramático; $ 10,000 para estímulo de Compañías Nacionales Extranjeras; $ 22,000 para sostenimiento de la Orquesta Municipal y se dispone, finalmente, que el excedente del cálculo de recursos se destine a la construcción y fundación de un Conservatorio Musical.

Como se ve, este proyecto es de vastos alcances y abre magníficas perspectivas para el fomento y desarrollo de las actividades artísticas nacionales. Es indiscutible la necesidad de estimular, como lo dice el propio autor, "la tarea de producir en beneficio de la cultura nacional". Las satisfacciones espirituales deben ser pan cotidiano, tan necesario para la vida colectiva como la satisfacción de las necesidades materiales. En un país de civilización integral (¡oh, Grecia antigua!) los cuerpos sanos, bellos y fuertes, los atletas armoniosos, los efebos esbeltos han de alternar, o mejor, coincidir con las mentes ágiles y los espíritus abiertos a las sugestiones de belleza, de ciencia y de filosofía. Las Agoras y los Partenones son fruto de civilizaciones integrales, en que el cultivo de los *hombres* sea total: estómago, pulmones, cerebro y corazón. Sangre fuerte y células bien nutridas, para que el *funcionamiento* del órgano noble de la vida de relación sea perfecto. En un país así, de ideales realizaciones, suprimido el cendal de las pudibundeces neocristianas, ha de florecer la gloria de los cuerpos sanos en que se haya sabido hacer desarrollar, por el juego apropiado de sus ejercicios, la armonía de funciones de los sistemas vegetativos y los órganos de la vida de relación.

Todo esto para afirmar una verdad tan sencilla como desconocida en general por todo el mundo: la necesidad del arte para completar la vida; que si el hombre necesita de la actividad y trabajo muscular, de los alimentos y del aire para la vida física, no menos necesita de la actividad y el trabajo sensitivo y de los alimentos cerebrales para su vida intelectual. Y he aquí como si es imperativo, para la Comuna, hacer más fácil y mejor la vida material de la colectividad, no lo es menos procurar que su vida sensitiva y de relación sea lo más amplia, fácil y perfecta posible.

Bienvenido, pues, este proyecto en que al arte, en casi todas sus manifestaciones, y no solamente en algunas, se trata de dar alas, para que la belleza —que no es sino una forma de lo bueno— nos acompañe y nos circunde. Un reparo debemos hacerle, no obstante, desde ya, y es que él no presta una más amplia y decidida protección a las actividades industriales y científicas, dignas, como las artísticas, de emulación y estímulo. Reservándonos para insistir oportunamente sobre este punto, vemos así, junto con las artes, a las ciencias y a las aplicaciones útiles de ambas, eficazmente protegidas, para más ensanche del horizontes y mayor comodidad y encanto de la vida.

Sin hablar tampoco por el momento de mayores detalles, en cuanto a los premios y sus finalidades, y otras estructuras del proyecto, todas noblemente inspiradas —en que coincidimos y divergimos— queremos dejar constancia de que este proyecto debe contar con la aquiescencia de toda la gente que piense y sienta, y que él debería ser prontamente tratado y felizmente resuelto por la Asamblea. Responde a necesidades reales: la cultura nacional. Y puede llevar-

se a la práctica sin dificultades financieras ni perjuicios para nadie. Sus cálculos de recursos están basados en impuestos moderados a los espectáculos públicos, que no pueden suscitar resistencia, y que asegurarán ampliamente, según su autor, las finalidades a que serán destinados. Si esto es así, como parecen evidenciarlo las cifras que presenta ¿qué se espera para darle cima?

ALBERTO BRIGNOLE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El comprador de haciendas.—Novela breve de Monteiro Lobato.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

He ahí que Monteiro Lobato trasciende los mares: ya está en Europa, luego de derramarse sobre América en las copiosas ediciones brasileñas y argentinas que conocemos.

La Editorial Cervantes, cuya dirección técnica conoce los golpes de éxito, ha destinado este volumen de su selección de novelas breves a la traducción de los emocionantes y vigorosos relatos que forman "El comprador de haciendas."—T. M.

Poesías.—De Alfonsina Storni.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

El último tomo de la serie "de los mejores poetas" que publica la Editorial Cervantes, de Barcelona, está dedicado a la poetisa argentina Alfonsina Storni, de resonante nombradía y de indiscutible valor.

Además de difundir en España y América la obra lírica de Alfonsina, la nueva edición tiende a presentarnos una selección de sus diversos libros.

El poeta Maristany ha sintetizado en cuatro páginas el estudio que le merece la poetisa y su hermosa vendimia.—T. M.

Regreso al Paraíso.—Por Texeira de Pascoaes.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

En hermoso tomito nos llega la traducción que del precioso poema de Texeira de Pascoaes ha hecho Fernando Maristany.

Prologa la obra un magnífico juicio de Leonardo Coimbra.

La obra poética de Texeira de Pascoaes ha acrecido gloriosamente con este poema, comparable a la "Divina Comedia" del Dante.

La traducción de Maristany nos parece encomiable y la elogiamos sin reservas.—T. M.

La India.—Por Pierre Loti.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

La Editorial Cervantes está publicando una serie de las obras de Pierre Loti, excelentemente traducidas por Díez de Tejada.

El nuevo tomo, "La India", es un libro interesantísimo. Narración de viaje, por tierras exóticas, hacia donde la curiosidad occidental se vuelve con frecuencia, encontramos en ella vivísima sugestión y clara belleza. Es, sin duda, uno de los mejores libros del autor de "Axigadé" y "Mon frère Ives".—T. M.

Castalia Americana.—Versos, por O. Quintana González.—León de Nicaragua.—1923.

Sería injusto no reconocerle al autor alguno que otro acierto; pero, evidentemente, tiene una opinión exagerada o, por lo menos, muy poco justificada de sus versos el señor Quintana González, cuando dice en uno de sus poemas "yo sé que son buenos". Tampoco el hecho de que "aunque fueran malos, van con los celestes aceites del parto", no es capaz de convencer a nadie, porque es necesario que los versos traigan algo más que espontaneidad. Por lo pronto, puede exigirse que traigan un poco de justeza en lo que dicen, aunque los alumbramientos vengan con menos olio.

Además, es necesario que sean escritos en un castellano menos revesado que éste: "Marina, los jilgueros su canto los he oído entonar—y su queja los tristes pajarillos marinos"... Y saber que la licencia poética no llega hasta tolerar que se diga vacía por vacía, como en esta lamentable cuarteta: "Si este soneto sin gracia —No te gustare, lector—Porque mi rima se vacía—Despiadada en el dolor."

Así tendríamos un largo capítulo de reproches que hacerle a este libro, lleno de santa intención, sin duda, que nos llega de Nicaragua. Preferimos no seguir ajustando el análisis, un poco por convencimiento de su inutilidad y otro porque nos duele ahumar estos lentes tan benévolos que nos ponemos para juzgar la cosecha ajena.—J. M. D.

Labios Sonámbulos. — Versos, de Miguel Angel León. — Ecuador. —1923.

"Mi libro será una sinfonía. Siempre quiso hacer de mi vida una sinfonía. He cantado todo y quisiera cantar en todos los idiomas. Siempre voy de viaje. No me gusta ver lo visto. Entre las figuras la que más amo—a pesar de Azorín—es el Símil. El Símil es la figura, por excelencia, duplica el paisaje y exalta la emoción. El Símil es la fontana azul de la Sugerencia..."

Se adivina a través de estas palabras liminares con que el autor autoprologa este libro, un alma hermosamente joven y torturada por la más noble de las ambiciones: la de superarse continuamente.

Mucho puede esperarse de esa inquietud, cuando se aquiete un poco y halle su orientación definitiva, porque no hay cosa sólida edificada sino sobre la meditación serena. Este volumen, hermoso de verdad, poblado de imágenes felices y grandes deseos renovadores, es un bello anticipo que nos da el autor a cuenta de aquella esperanza.—J. M. D.

Una de ellas.—Novela por Carmen Luna.—Buenos Aires.—1923.

La crecientemente importancia de la literatura argentina presenta un aspecto orgánico. Lo decimos por ser tal su normalidad, que no crece en sacudidas espasmódicas, ni representando un paisaje de cumbres incoherentes. De cima a cima hay esta literatura placentera, en cuya consistencia no proliferan marañas psicológicas, crispaduras de nervios ni otros infundios temibles.

Ciertamente no es difícil adivinar desde la primera página cuánto va a sufrir Lorenza; pero eso no quita deseos de continuar. La trama es sencilla. Pudiera decirse que Doña Malvina y su esposo fueron algo o recargados; la autora sabrá lo que ha hecho, y, además, Delacroix dudaba que el arte es la exageración. Pudiera reclamarse también que la tierra tucumana, pintoresca, típica, apareciera menos esfumada.

Pero no somos nosotros sino la señora Luna quien escribe.

Quedemosle en paz. Hemos leído la novela con interés.—E. S.

Mi primera novia y Otras novelas.—Por Josué Quesada.—Buenos Aires.—1923.

Si negáramos al señor Quesada virtudes de escritor apreciable cometeríamos una deslealtad, pues en nuestra conciencia queda la imposición de sus méritos no vulgares; pero igualmente seríamos desleales no poniendo lo que observamos apresuramientos en la factura, que merman algunos los méritos de estas novelas.

Decimos apresuramientos, atribuyéndolo a que el señor Quesada no sabe resistirse a su imaginación. Esta le brinda motivos; a veces no es más que un lampo; el señor Quesada podría contralorear, ajustar, medir, y, sin embargo, cede a la facundia; urde su farsa y queda la novelisla con aire de madurez forzada.

Si el señor Quesada limitara el empleo de sus facultades, haría obra perdurable.—E. S.

Los mitos o de la América precolombiana.—Por Adolfo Bonilla y San Martín.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

La Editorial Cervantes acaba de prestar buen servicio a la cultura ibero-americana, con la edición de este libro del eminente catedrático de la Universidad Central de Madrid.

Estudios completísimos de los mitos indígenas, de la cuna del descubridor, del carácter y evolución de los pueblos americanos, encierran estas páginas el saber de un erudito y la trascendencia de un estilo.

El curioso y el historiador tienen aquí una buena fuente.—T. M.

Libro de la patria.—Coloquios sobre tierras y cosas de España.—Por J. Pia y Soler.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

Dedicando a "las niñas y niños del más hermoso país del mundo: España", este volumen de estudios españoles, el sabio profesor Pia y Soler, rinde un tributo más a su patria, cuyo amor prefiere entre todas las cosas...

Forma amena, estudios interesantísimos, libro curioso y bueno

"Quien no sepa el valor ético,—dice,—artístico histórico de lo que siempre ha visto en su tierra, es inútil que vea tierras nuevas"

De ahí su descripción de España su amor y su conocimiento.—T M.

Romances de ciego.—Por Salvador de Madariaga.—Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923

En estos "Romances" se presenta en forma a la vez tradicional y popular una idea de anejo abolengo en la poesía española la que inmortalizó Jorge Manrique en sus "Coplas"

Prologa el libro don Miguel de Unamuno, hablando de la "poesía de verdad tenebrosa", y haciendo el elogio de Madariaga.

Las publicaciones Atenea presentan el volumen encuadernado en tela inglesa, con retrato y autógrafo del autor.—T M.

Otros libros.—Hemos recibido, además, los siguientes envíos

"Los derechos de Francia y los deberes de Alemania".—Folleto del Comité France Amérique.—Montevideo

"Primer Congreso Feminista de la Liga Panamericana de Mujeres".—Discursos.—México

"Desgraciados".—Narraciones de Leonardo Sánchina.—Buenos Aires

"Estatutos de la Liga Panmericana para la elevación de la mujer".—México

"El arte de Figari".—Conferencia de Fernando Laroche.—Comité France Amérique.—Montevideo

"La Estatua".—Poema de Carlos César Lenzi.—Montevideo

"Carlos Reyles".—Conferencia, por Alfredo S Ciulow, con presentación de V Pérez Petit.—Montevideo

"Catálogo general de la librería española".—"Leer".—Madrid

"Labor cultural.—De la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación".—Por Ricardo Leneve.—La Plata.

"Volanderas".—Segunda serie.—Por J Paseyro y Monegal.—Treinta y Tres.—R O

"El Centenario de la Independencia de México en el Brasil".—México

"Prontuario de Debate".—Sobre Ley Seca.—Por Gabino Rodríguez.—Montevideo

"Florilegio".—Editado por el Círculo Almafuerte.—Buenos Aires

"Escritos de José Ignacio Escobar.—Biblioteca Repertorio Americano.—San José de Costa Rica

"Madre".—Por Samuel Velázquez.—"El Convivio.—Folleto.—San José de Costa Rica

"Discursos".—Por M Aramburo y Machado.—Repertorio Americano.—San José de Costa Rica

"Avatar.—De Teófilo Gauthier.—Editorial Cervantes.—Barcelona